



Noticias de su vida,

recogidas de la *Vida de San Benito* escrita por S. Gregorio.

Nació en Roma de una familia ilustre el año 511. Se educa desde su adolescencia bajo la dirección de San Benito, e ingresa en su orden, haciéndolo San Benito su asistente en el gobierno de Subiaco. Un niño llamado Plácido fue un día a buscar agua y se cayó en el lago, donde fue arrastrado a la distancia de un tiro de flecha. San Benito, que se hallaba en su celda, tuvo una visión del hecho, y envió a Mauro a rescatar al niño. Mauro obedeció, caminó sobre las aguas y sacó al niño tirándole por los cabellos. *Mauro atribuyó el milagro a las oraciones de San Benito, pero el santo declaró que había sido un premio de Dios a la obediencia de su discípulo.* Poco después, el santo patriarca se retiró a Monte Casino, y parece que San Mauro le sucedió como superior de Subiaco. San Mauro tenía fama de taumaturgo por el episodio del estanque con el niño Plácido, la curación de los menesterosos y sus relaciones con el conde Gaidulfo, enemigo funesto de los monjes franceses. Su gran espíritu de penitencia le impulsa a retirarse a bien morir. Entrega su alma a Dios el 15 de enero del 583.

Importancia de la obediencia en la Regla de San Benito

Una obediencia sin demora. El primer grado de humildad es una obediencia sin demora. Es la que corresponde a quienes nada aman más que a Cristo. Éstos, por razón del santo servicio que han profesado, o por miedo al infierno, o por la gloria de la vida eterna, en cuanto el superior les manda algo, como si fuera un mandato divino, lo hacen sin admitir dilación alguna. De ellos dice el Señor: En cuanto me oyó, me obedeció. Y dice también a los maestros espirituales: Quien a vosotros os escucha, a mí me escucha. Éstos, dejando inmediatamente lo suyo y abandonando su propia voluntad, desocupan las manos y dejan inacabado lo que estaban haciendo, para poner por obra lo mandado obedeciendo al pie de la letra. Y como en un momento, con la rapidez que imprime el temor de Dios, coinciden el mandato del maestro y la ejecución del discípulo.

Estrecho es el camino. A éstos les mueve el deseo de avanzar hacia la vida eterna. Por eso toman el camino estrecho del que dice el Señor: ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosto es el camino que lleva a la vida!. Y, para no vivir

a su antojo, ni obedecer a sus deseos y caprichos, se someten al juicio y mandato ajeno, viven en los monasterios y desean que los gobierne un abad. Sin duda estos tales imitan al Señor, que dice de sí mismo: Vine, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado.

Obedecer sin murmurar. Pero esta misma obediencia sólo será agradable a Dios y dulce para los hombres, si lo mandado se ejecuta sin miedo, sin tardanza, sin frialdad, sin murmuración, sin protesta, pues la obediencia que se tributa a los superiores se tributa a Dios, como dijo Él: Quien a vosotros os escucha, a mí me escucha. Y los discípulos deben ofrecerla de buen grado, porque al que da de buena gana lo ama Dios. Pero, si el discípulo obedece de mala gana y murmura, no ya de palabra, sino en su corazón, aunque cumpla lo mandado ya no agrada a Dios, pues ve su corazón que murmura. Obrando así no conseguirá premio alguno sino que incurrirá en el castigo de los murmuradores si no se corrige dando satisfacción.

Patronazgo e iconografía de San Mauro

San Mauro es considerado celestial patrono de los caldereros y de los herreros. Para las enfermedades se le encomiendan los que padecen parálisis, debido a la tradición que lo menciona sirviendo y curando a los menesterosos y lisiados.

La iconografía del santo, ya sea monástica o devocional, lo representa en sus diversas facetas de su vida. Populares son las representaciones donde aparece junto con San Plácido al ser recibidos por San Benito. Igualmente en el episodio donde camina sobre el agua y salva a Plácido de morir ahogado.

Las esculturas lo representan generalmente como un joven abad, con cogulla monástica, preferentemente negra, báculo y mitra abacial o portando en su mano la cruz, con la cual bendice a los enfermos; también aparece con hábito monástico socorriendo a pobres y enfermos.

Oración:

Señor, tú que has querido dejarnos en san Mauro, abad, un claro testimonio de perfección evangélica, concédenos, por su intercesión, abrazar de corazón las realidades del cielo en medio de las vicisitudes de este mundo.